
Introducción

ESENCIAS DE UN DESPROPÓSITO

En la redacción del presente libro nos ha correspondido la tarea de escribir su Introducción, la parte que tiene por objeto despertar el interés del lector a cruzar el océano de más de 300 páginas que tiene por delante. Se narra en ese océano de páginas la historia apasionante de la oposición ciudadana a un proyecto hidráulico: la presa de Itoiz sobre el río Irati, emplazada en un hermoso valle del Pirineo navarro. Es una presa que lleva asociada la promesa de un gran canal de riego, generador de un mundo inimaginable de riquezas y venturas que habrá de permitir a las gentes de toda una Comunidad *mirar con garantías su futuro*, tal como asevera la propaganda oficial proclive al proyecto.

Se exponen y desarrollan en este libro las razones argumentales (jurídicas, económicas, medioambientales y patrimoniales) de la oposición a tan promisoriosa obra, a la vez que se denuncian posturas y actos administrativos que han llevado demasiado lejos una aventura social económicamente cara y carente de futuro, que plantea problemas que trascienden de cuestión local a preocupación de Estado, con sentencias pendientes del Tribunal Supremo que representan decisiones delicadas, muy comprometidas, no exentas de una fuerte presión política que intentará mediatizarlas.

Y es que esta presa, ya desde sus primeros planteamientos se aventuraba como germen de un importante conflicto político y social, que en otras circunstancias, con otros planteamientos y formas de proceder, podría haber sido un simple proyecto hidráulico planteado con peor o mejor acierto técnico. Itoiz, en cambio, es hoy en día problema delicado, conocido dentro y fuera de nuestras fronteras; ha sido motivo de atención y ofrecimiento de la Corte Internacional, que es una asociación de juristas dispuestos desde la autoridad de su prestigio a mediar allí donde haya conflicto socio/medioambiental grave. Ofrecimiento que nuestros sucesivos Gobiernos, demasiado soberbios tal vez, han rechazado en diversas ocasiones.

Con toda su historia de torpezas y miserias, ignorancias e incompetencias, prepotencias y parlamentarismos vacuos, leyes que se tejen y destejen, actitudes de los medios de información y sabotajes, el conflicto de la presa de Itoiz representa en estos momentos un microcosmos, un psicodrama, de nuestra propia realidad social.

La oposición al proyecto de Itoiz no puede ser reducida a una simple manifestación de esa “cultura del no”, que algunos insisten en atribuir al fundamentalismo ecológico o al terrorismo, que sería algo así como la socorrida confabulación judeomasónica-internacional que en otros tiempos conocimos. Tampoco la oposición a Itoiz es postura contraria a la ayuda que pueda necesitar el medio rural navarro ni siquiera la reducida minoría potencialmente beneficiada de una gran obra de 53.000 ha de nuevo regadío.

La oposición a Itoiz es la denuncia a la frivolidad en el planteamiento de los problemas sociales por parte de quienes tienen en cada momento las sagradas y delicadas responsabilidades de gobierno; es la denuncia a la manipulación de una sociedad civil débil, con escasos recursos para defenderse por sí misma de los abusos y excesos del poder, sea político, administrativo o informativo. Es oposición a la toma precipitada de decisiones que requieren grandes inversiones de dinero público excepcionales, en especial a aquéllas que pueden tener alternativas más justas, más prontas y más directamente

dirigidas a quienes se supone deberían ser sus principales beneficiarios.

El pretendido *motor del desarrollo económico* que representaría la presa de Itoiz y su gran canal para toda la Comunidad Navarra es, cuando menos, una gran irresponsabilidad. Su única alternativa real parece ser la vía muerta o la marcha atrás. El tiempo nos dará la razón; pero una vez más quizás sea tarde, porque el mal para entonces será irreparable y las responsabilidades inexistentes.

Aunque un reciente proyecto de Ley, anunciado en los últimos días de abril de 1997 por el Gobierno central a tramitación parlamentaria urgente, declare en breves días que la presa de Itoiz con su canal de riego son materia de precipitado “interés general”, su realidad seguirá siendo la misma, la que en verdad es. Quiere esto decir que la presa seguiría hacia arriba y llegaría pronto a concluirse, pero no así el prometido canal, que no iría más allá del despliegue de un pequeño teatro de obras sostenido durante los próximos años, que la realidad económica del país y de la propia Comunidad Foral pronto acabará colocando en su sitio, es decir, paralizándolo o ralentizándolo como ha ocurrido con otros tantos proyectos arrinconados o en sostenida agonía, frutos secos del capricho y los entresijos que la acción política decidió un día elevarlos a esa irrealidad del “interés general”. Hoy, esa suma del despropósito, se mide ya en cientos de miles de hectáreas en forma de “deudas históricas” de una cultura de la hipoteca, que es una cultura muy nuestra, que no sabe hacer presente ni deja hacer futuro.

Este libro es la historia de un movimiento social de rebeldía, que desde la fuerza de sus argumentos ha logrado poner en “jaque” a todo el aparato del poder político y administrativo de una comunidad y de un país, con la esperanza de alcanzar un día el “jaque/mate” que ponga fin a una carrera del malhacer a la que nunca se debió haber dado el pistoletazo de salida.

El Real Decreto Ley de 22 mayo de 1992, sin debate ni justificación previa, permitió que la presa de Itoiz fuera considerada como obra urgente y necesaria, dentro de un importante lote de obras hidráulicas con el que iniciaba su etapa al frente

del MOPTMA el hoy ex-ministro Borrell, cuando pretendió y prometió arreglar *de una vez por todas los problemas del agua en España*. No sabía entonces muy bien el nuevo ministro cuál era la magnitud de su reto. El tiempo lo confirmó. Cuando acabó su mandato nos dejó, junto a un hoy retirado Anteproyecto de Plan Hidrológico Nacional, el problema de Itoiz sobre la mesa, que es problema que él mismo creó.

Nos dejó el paso de aquella gestión, ese Real Decreto Ley, 3/1992 de las obras del “improvisado interés general”, de tales guisas decidido y aprobado, con el que se iniciaba la desvirtuación profunda de las esencias del ya para entonces anunciado debate de la Planificación Hidrológica Nacional, que la Ley de Aguas de 1985 había hecho preceptivo. Era aquel Decreto –que todos aprobaron– el allanamiento de aquel debate, al dejar fuera de él las obras que por fuerza habrían de resultar más problemáticas: las pirenaicas, entre ellas la presa de Itoiz en Navarra, el recrecimiento de la de Yésa y las presas de Biscarrués y Santaliestra en Aragón, y Rialp en Lérida.

La quintaesencia del futuro Anteproyecto del Plan Hidrológico habría de ser el asalto hidrológico al Pirineo. El catalán no habría de presentar problemas, salvo los que en su día puedan tener las gentes de Lérida con su Generalitat en relación al destino del agua embalsada en Rialp.

Los problemas sociales con Navarra y Aragón se presentaban a priori más complejos, menos llanos. Aunque el Real Decreto Ley 3/1992 los allanaba era prudente establecer una política de pactos locales, que aunque no tuvieran fuerza legal alguna, facilitarían las cosas pese a ser sus promesas tan incumplibles como incompatibles con la filosofía trasvasista de la planificación hidrológica nacional para entonces anunciada. Fueron el Acuerdo de El Bocal y el Pacto del Agua. El primero, en un arreglo de caballeros garantizaba que la presa de Itoiz habría ser destinada para el riego en Navarra de más de 70.000 ha. Y el segundo se comprometía a que un desmesurado plan de obras realizado en Aragón, que incluía la construcción de treinta nuevas presas, habría de ser para uso exclusivo de Aragón, con cuyas aguas reguladas se habrían de transformar

220.000 nuevas hectáreas de regadío en la Comunidad, que la euforia de la clase política local cifraba en 400.000.

Todo ese enorme plan de actuaciones fue planteado desde los foros políticos, al margen del futuro debate de la planificación hidrológica y del regadío, antes de que siquiera existieran no ya los Planes Hidrológicos de Cuenca, sino los Planes de Directrices y los propios proyectos de bases para esas directrices fueran establecidos. Para llevar a cabo tamaña operación hidrológica de la ingeniería política, designó Borrell a un hombre singular, a la medida, que formará parte inseparable de la historia del despropósito de Itoiz: Antonio Aragón.

Hoy en día, ese final deseado del conflicto de Itoiz, ese esperanzado “jaque/mate” que obligue a recomenzar las cosas que se comenzaron mal, a respetar el espíritu de las leyes, a diferenciar entre lo que tiene justificado interés general y lo que es simple capricho o veleidad de los juegos políticos y de otros presumibles intereses asociados, a recordar las esencias de la convivencia en un estado de derecho, es la Justicia.

Pese a lo delicado del problema, es la Justicia la llamada a traer cordura y razón en un problema, el de Itoiz, que pese a todo no es sino botón de muestra de un largo y estéril hacer que se ha apoderado de la política hidráulica española; que es política desfasada, gobernada por instituciones a todas luces arcaicas, basadas en esquemas de viejas prebendas hoy en día insostenibles por irracionales y por injustas, con unos dirigentes excesivamente proclives a la gran obra hidráulica, y a interpretar y modificar las reglas del estado de derecho al servicio de una cultura hidrológica singular, que es la cultura del agua como *moneda de cambio*. Itoiz es hija de ese juego, de esa cultura hidrológica del trueque.

El libro narra las vicisitudes de un movimiento social singular, ejemplar y aleccionador, que en su parte más organizativa y de explicación a la sociedad española del problema que representa este proyecto, ha sido dirigido por la Coordinadora de Itoiz. Cuenta el libro la historia y vicisitudes de esta Coordinadora, de cómo nació, cómo se ha desarrollado y cómo se ha hecho mayor; de cómo ha llegado a entrar en las universi-

dades y en las instituciones españolas y extranjeras, cruzando fronteras y continentes, e incluso océanos.

La Coordinadora de Itoiz es la historia de un movimiento de oposición civilizado, siempre pacífico y paciente, que respira y contagia entusiasmos. Transmite credibilidades, por eso ha sabido ganarse paso a paso las simpatías y adhesiones del mundo científico libre que se ha acercado a analizar el problema que la presa de Itoiz plantea y representa.

Fueron los autores de los informes sucesivos, *Informe Itoiz 93* e *Informe Itoiz 94*, los primeros científicos en manifestar públicamente su adhesión a este movimiento de protesta, a la vez que lo hiciera el propio Instituto de Conservación de la Naturaleza (ICONA) que costó el cese inmediato de quien lo firmara. Fue solicitado por encargo expreso de una Secretaría de Estado responsable entonces de las políticas del agua y del medio ambiente. Luego se han ido adhiriendo nuevas gentes de los saberes de la hidrología, la ingeniería, la ecología, etc. Así, hasta la llegada reciente de los economistas, que han sido los últimos en aterrizar en esa pista del compromiso y del sentido de la dignidad que es la oposición a este proyecto.

Son ellos –los economistas– los que han puesto el debate “a cien”. Una buena parte del libro está precisamente dedicada a los aspectos económicos del proyecto por ser los que mejor entiende la gente cuando alguien, desde la honestidad contagiosa y desde la autoridad de un saber contrastado, se los explica bien y lo hace con la claridad que muestran en este libro el profesor Pedro Arrojo y Estrella Bernal.

El lenguaje económico es el que más duele a los promotores de las deseconomías públicas, porque el ciudadano –muy escarmentado ya– enseguida asimila sus opacidades a turbias intenciones y a complejos intereses. Es un discurso –el de la peseta pública– que llega con mucha más contundencia que el discurso de lo medioambiental, que es el discurso de los sentimientos, del paisaje, de la cultura de la naturaleza, de la calidad ambiental, de los derechos de las generaciones futuras, de los valores, etc., que una sociedad medularmente material considera más parte de un discurso formal obligado

y de los programas de naturaleza de la 2 que parámetro de decisión.

Cuando uno lee en la argumentación que este libro desarrolla el coste que la sociedad tendría que pagar por crear un puesto de trabajo a quince años vista, no puede menos que empezar a dudar de la veracidad de todos los parabienes de esta obra, y empieza a preguntarse si tal vez no sea éste un turbio asunto más, que nació turbio, que se ha desarrollado turbio, y que morirá turbio también. La rebeldía social que ha generado la oposición al proyecto de la presa de Itoiz es en gran manera el escándalo económico que representa tamaña inversión de dinero público en algo que no tiene futuro defendible se mire por donde se mire.

La oposición a ese proyecto y la reprobación a las conductas de sus responsables es, pese a todo lo dicho, una oposición pacífica, que no reclama sino la detención de un disparate. Sus numerosas y multitudinarias manifestaciones por las calles de Pamplona siempre han sido alegres y pacíficas, en contraste paradójico con el despliegue de seguridad policial habido ante actos tan reiterada y acreditadamente pacíficos. Un despliegue de seguridad que sobrecoge a quien no está acostumbrado a tamañas desproporciones. Han sido manifestaciones cargadas de fervor y cultura populares, con el colorido de los trajes regionales, los compases del *txistu*, las danzas de los *zanpantzarrak*, los arcaicos sonidos de la *txalaparta* y la presencia relajante de la inocencia de los niños, ataviados con atuendos que la tradición cultural ha conservado en la parte de Navarra más directamente afectada por las consecuencias negativas de esta presa. Han sido actos multitudinarios, mantenidos durante años con aire de renovada frescura. Tienen sabor a autenticidad incuestionable.

Y es que la oposición a Itoiz es también la afirmación de una cultura y de una manera ancestral de entender la extraña pero auténtica simbiosis entre etnia/paisaje/historia, en estos tiempos de la cibernética. Es la protesta de gentes que no comprenden qué poder, qué ambición o fuerza moral alguna puede en esta cultura del bienestar exigir la desintegración de valle tan

hermoso como histórico, tan vinculado al sentimiento histórico de un pueblo. ¿Cómo se puede pensar en despachar a quienes lo han humanizado y mantenido bello durante siglos? El paisaje es el alma de los pueblos. Cuesta que pueda haber razón humana para desarticular y fragmentar para siempre uno de los valles más hermosos del Pirineo, el más carismático sin duda de toda Navarra: el valle del Irati.

Algún día se escribirá de este movimiento de oposición a la presa de Itoiz y de la barbaridad de quienes pretendieron destruir las esencias de ese valle patrimonial. Hemingway era uno de sus admiradores; le gustaba perderse en la belleza inimaginable del bosque del Irati, el mejor de los hayedos peninsulares. Se escribirá de esa oposición y de la Coordinadora de Itoiz como de un fenómeno social singular. A los estudiosos de la sociología y de la filosofía de los conflictos sociales les atraerá este caso; analizarán su nacimiento y su organización, porque les extrañará –como extraña ahora– que un grupo de ciudadanos con sus escasos recursos personales hayan podido mantener un pulso de igual a igual a todo el aparato de Estado de un país y sobrevivir a tantos años de lucha tan desproporcionada.

Si me preguntan algún día esos analistas e historiadores de los movimientos sociales acerca de la Coordinadora de Itoiz, que yo conocí, les hablaré de Patxi Gorraiz, un mocetón noble del pueblo de Itoiz, de su padre Mateo y de su madre Catalina; de Fermín y demás hermanos, todos ellos gentes de una nobleza y una fortaleza incólumes, de una bondad natural que desarma. Su resistencia a abandonar la tierra en la que viven, a renunciar a sus raíces y al derecho a perpetuar la vida del hombre en ese valle histórico que alguien pretende hacer desaparecer de un plumazo, es de una firmeza sólo superada por la serenidad que transmiten. Son esas gentes de bien que han formado el orgullo tradicional de la nobleza del pueblo navarro, que hoy resulta casi ya pieza de museo.

Les hablaré también de otra familia del valle del Irati, aguas abajo de la presa de Itoiz, estigmatizados desde su niñez por el represamiento del Irati en Lumbier. Son dos hermanos

abogados, María José y José Luis Beaumont, de una sagacidad e inteligencia que asombran. Jamás he conocido profesionales de la abogacía más competentes que ellos. La causa de Itoiz ha sido para ellos un sacerdocio que les ha exigido el sacrificio de sus mejores juventudes. Más en la sombra del gabinete, está el tercer hermano, Raquel. Los tres son excepcionales. Su perseverancia ante tantos años de presión sólo se explica desde el conocimiento profundo que tienen de las leyes y sobre todo desde su fe –a pesar de tantas historias y desengaños– en la Justicia. Su entusiasmo por la nobleza de la causa que defienden, arrastra, contagia. Sin ellos no se podría haber llegado en esta causa hasta aquí. Una vez, el ministro Borrell dijo de María José, “*Señorita, si alguna vez necesito un gran abogado para una gran causa, ya sé a dónde tengo que acudir*”. Estaba yo delante. Estábamos los tres.

La oposición a Itoiz es un movimiento vivo en medio de una sociedad buena pero mediocre. Se hablará un día de él desde la sociología, la filosofía y la ciencia política, cuando se analicen las nuevas formas de participación social que las democracias y sus parlamentarismos vacíos necesitan.

Y cuando el río Irati, con su cuenca y las gentes que lo habitan y dignifican reencuentre la calma, entonces levantaremos en un lugar destacado del valle un gran monumento a quienes un día lo defendieron, a sus últimos mohicanos. Y entonaremos la canción que Fermín Valencia dedicó al río cuando la amenaza del malhacer y la ambición sin escrúpulos empezaron a cebarse sobre este valle. Pero si la torpeza política y la mala cultura del agua consiguen un día destruir lo que de bello queda en este río y su valle, también les levantaremos ese monumento.

Y lo haremos con una suscripción popular generosa, con dineros que recogeremos en una *korrika* o marcha ciclista de cientos de kilómetros desbordando fronteras y uniendo lo que de noble queda en el sentimiento de las gentes por encima de rayas administrativas imaginarias desde el pueblo de Itoiz hasta Estrasburgo. Será una manifestación multitudinaria del bien que aunque se me acaba de ocurrir mientras el corazón me

dicta estas páginas sé que la haremos. Y si alguien no permite levantar ese monumento en el lugar destacado que le corresponde, quedará este libro como homenaje a las gentes que se resistieron a tanta sinrazón.

Por ello, independientemente de cuál pueda ser el desenlace final de esta historia –que por el bien de todos se va a acabar dentro de unas pocas semanas– era obligado escribirla, y hacerlo ahora, cuando todavía es presente, para que la sociedad del mañana sepa que la oposición a Itoiz fue algo más profundo que esa burda lucha de “malos” contra “buenos” que desde el aparato administrativo se pretendió transmitir a una sociedad en exceso desinformada, mediatizada por mensajes que se han movido siempre entre lo pueril y lo perverso.

Perverso ha sido el intento constante de identificar siempre la oposición al proyecto de la presa de Itoiz con el terrorismo, que es todavía “razón” utilizada por quienes teniendo muy altas capacidades de decisión en estas materias y en este asunto no quieren escuchar argumento alguno que pueda recordarles su error y abogar por una marcha atrás. La marcha atrás es una maniobra que no existe todavía en los manuales del buen político, que en este sentido son como el “biscuter” aquel invento español que también carecía de ella. El político tiene que ser fuerte, dicen esos manuales; la rectificación no es para ellos virtud de la sabiduría. Si bien es verdad que escuchar no compromete, puede implicar desazón y mala conciencia.

La oposición a Itoiz no es esa contienda, en ocasiones con aires de cruzada de “buenos” contra “malos”, en la que los malos son quienes se oponen a esta venturosa presa y a su canal, enemigos del progreso y de Navarra, traidores de la patria y a los valores que encarna; fundamentalistas del ecologismo; violentos, cavernícolas, cazamariposas, ciclistas, iluminados... ¡Todos en el mismo saco! Son éstas algunas de las trivializaciones y epítetos que tantas veces ha tenido que escuchar la sociedad en relación a los opositores al proyecto de la presa de Itoiz. Y lo hacen porque siempre ha sido más fácil atacar una etiqueta que rebatir una idea bien argumentada; matar al mensajero, que destruir su mensaje.

Los “buenos” de esa cruzada serían las gentes de bien; es decir, los promotores del proyecto y quienes desde entonces lo apoyan; los demócratas y dialogantes de toda la vida, políticos a los que sólo mueve el deseo del bien general y el incontenible afán del servicio desinteresado al prójimo a través del noble desempeño de las responsabilidades de gobierno a los que el destino de su acción política y la voluntad soberana de un pueblo libre les lleva. Todo esto a pesar de una historia reciente de escándalos que la Justicia valorará.

Por pueril que parezca todo esto, ésa ha sido en su esencia. Ésos han sido los argumentos en una historia local en la que jamás Presidente del Gobierno de Navarra alguno recibió a la Cordinadora de Itoiz ni mostró interés por acercarse, tomar el ofrecimiento o hablar con ninguno de esos “iluminados”. Y cuando personalmente hemos intentado exponer nuestros argumentos, reclamando la obligación moral de articular un debate social, se nos ha asegurado en boca de un Presidente, con ocasión de un pequeño encuentro, que no era necesario hablar más de un proyecto que la voluntad mayoritaria del pueblo soberano, expresada de forma reiterada en su Parlamento, había aceptado. Nuestra reiterada insistencia mereció en tal ocasión un sabio consejo: “*Funde Vd. un partido político*”.

El proyecto de la presa de Itoiz asociado al Canal de Navarra ha sido una cascada de desaciertos de los poderes central y autonómico que han ido demasiado lejos en sus posturas, con hechos consumados, amparadas ante la falta de responsabilidad penal si alguna vez sus decisiones fuesen declaradas ilegales o torpes. Ese es el juego y la paradoja.

La vinculación de la oposición al proyecto de Itoiz con el terrorismo ha sido el argumento más desgraciado y más sutilmente introducido en la opinión pública navarra, vasca y española desde que el movimiento de protesta social empezó a tomar cuerpo. El propio ministro Borrell, cuando todavía defendía con fuerza la honorabilidad y generosidades del que dijo haber sido “*uno de los mejores Presidentes que había tenido la Confederación Hidrográfica del Ebro*”, llegó a exponer con tintes de argumento que ese prohombre de la generosidad, lla-

mado Antonio Aragón, había tenido que soportar las amenazas de la violencia del terrorismo. Primero en relación con la autovía de Leizarán, cuando fue Consejero de Obras Públicas, y después con la presa de Itoiz desde su puesto de Consejero y luego Presidente de esa Confederación, amenaza jamás verificada en su autenticidad, que venía a convertirle a él en mártir de una causa y a la oposición a la presa de Itoiz en acto irracional, poco menos que de apología del terrorismo.

Y es que al ex-ministro Borrell, que es hombre de talante dialogante, que respira aires de estudiada racionalidad académica cuando habla, le salieron mal algunos de sus hombres de confianza. No tuvo (o no pudo tener) el acierto de rodearse de las gentes que se merecía, que le hubiesen ofrecido una visión más real del problema del agua en España y alternativas más certeras a los problemas. Por eso metió al país en aquel callejón sin salida que fue su Anteproyecto del Plan Hidrológico Nacional, el de la gran operación de fontanería que sus asesores del mundo del cemento y el kilowatio le dictaron, con idea de restaurar a base de catorce grandes trasvases intercuencas un hidrológico nacional que el país nunca tuvo. Se equivocó también en Itoiz, y cuando lo supo no tuvo el coraje o el acierto de echar marcha atrás, a pesar de que la tramitación de la queja de la Coordinadora en Bruselas y el escándalo de la trama Roldán en Navarra se lo ofrecieron fácil.

En esta historia de la oposición a Itoiz siempre se han mezclado cosas que nunca se debieron mezclar, porque nada tenían que ver. Sólo la coartada de quienes han carecido de argumentos económicos, sociales y medioambientales claros que poner sobre la mesa, ha justificado tamaño enredo y perversidad. Todo el proyecto de la presa de Itoiz con su Canal de Navarra es una “estafa” económica al contribuyente, argumentada con cuentas mal hechas, trucadas y de encargo, insostenibles, que nunca han querido que pudiesen ser contrastadas por alguien ajeno al complejo mundo de intereses que hay detrás de toda esta obra.

Todo eso es lo que pretende demostrar este libro, que en cualquier caso no es sino pequeña muestra de lo que debería haber sido un debate social hurtado siempre a la ciudadanía.

La idea de levantar la presa de Itoiz asociada de esa forma indisoluble al futuro Canal de Navarra que la propaganda oficial ha difundido con tanta insistencia y medios, nació como mensaje de parabienes inimaginables. Fueron sus promotores más relevantes cuando todavía tenían poder político gentes que hoy están acusadas por la Justicia de haber cometido graves delitos de cohecho y cobro de comisiones millonarias en adjudicación de obras que ellos mismos impulsaron. El hecho, fue en sí motivo suficiente para haber paralizado cautelamente las obras hasta analizar las verdaderas justificaciones del proyecto y sus dimensiones económicas.

Hoy en día las obras de la presa avanzan y los compromisos políticos se estrechan, con lo que el problema se complica. Atrás va quedando una historia gordiana de complicidades y cobardías, no sólo políticas. También los medios de información local, en general, y las instituciones –incluida la propia universidad navarra– tienen su parte alicuota de responsabilidad en esta situación, al no haber sido capaces al cabo de tantos años de articular ante la sociedad ese debate esclarecedor que el problema y las circunstancias requerían. La clase política, por su parte, cerró filas; no cabía esperar actitud más noble. Las cerró entonces y las ha vuelto a cerrar ahora.

Hay también en esta historia un importante funcionariado anónimo, con saberes reconocidos en los temas en litigio, que aun estando disconforme con los planteamientos oficiales se ha sentido siempre obligado a callar, a no manifestar su exigible opinión. Los políticos de la Administración llegan y se van, mientras que ese funcionariado técnico permanece en su sitio, en una responsabilidad que le dejan asumir. De alguna forma la sociedad –al margen del Parlamento– tendría que poder conocer su opinión ante la veleidad de quien es sólo ave de paso. De no ser así nunca esta sociedad va a tener manera de establecer un sistema de responsabilidades que garanticen un mínimo de bien hacer en la cosa pública.

Esa situación de Administración “secuestrada” es parte del problema también. Es causa de la esterilidad de pensamiento que hace años asola a la política hidráulica española, que desde

entonces camina por derroteros obsoletos, gravosos e inoperantes, con actuaciones no siempre coincidentes con el interés general. Esa sutil maquinación, que ha conseguido que importantes sectores de la sociedad automáticamente entiendan que quien dude de las excelencias del proyecto o exija cuenta alguna sea ya sospechoso de estar del lado del terrorismo, ha causado entre el funcionariado una mezcla de pudor, miedo y prudencia. De esta forma se ha evitado que el verdadero problema aflore.

Ante las repetidas manifestaciones multitudinarias por parte de quienes siempre han dudado del proyecto y sus planteamientos, los brazos indirectos de la Administración llegaron a propiciar y auspiciar en su día una contramanifestación general, ejemplarizante; una especie de pulso de fuerza, torpemente espontáneo, planteado ante las gentes sencillas como un acto de reafirmación navarrista. Una especie de cruzada frente a no se sabe qué enemigo. Tuvo lugar en Pamplona nacida como apaga-fuegos paraoficial de la Coordinadora de Itoiz.

La propia Iglesia católica llegó a entrar en el juego del patriotismo, haciendo público un manifiesto firmado por cuarenta párrocos de la Ribera de Navarra, en el que reivindicaban la ejecución del proyecto de la presa y su canal, haciendo en cierto modo ver en esta católica tierra –sin desearlo expresamente– que también Dios estaba más próximo a las posturas oficiales que a las razones de la Coordinadora de Itoiz.

En septiembre de 1995 las obras de la presa –iniciadas en mayo del 93– fueron declaradas ilegales por sentencia de la Audiencia Nacional. Una razón argumental vino a decir que el proyecto de la presa estaba huérfano de justificación y que el interés general no surge de su simple declaración. No basta que una Comisión de políticos, sin debate específico previo, sin informes relevantes, diga que tal o cual obra tiene interés general. El interés general hay que argumentarlo, vino a decir la sentencia.

El recurso de la Administración Central ante el Tribunal Supremo permitió continuar las obras de la presa bajo la responsabilidad moral de quienes así lo decidieran, ya que pese a haber declarado la obra ilegal e impedir en su día el llenado del

embalse más allá de una ínfima cota, la jurisprudencia exigía para la paralización cautelar de las obras –en este caso a la Coordinadora de Itoiz– un aval de más de veinte mil millones de pesetas, que el Gobierno de Navarra solicitó en su reclamación fuera elevado a más de cincuenta mil millones, en actitud que define la falta de talante conciliador de los responsables locales de este fiasco social, que más que delicado asunto social han hecho de él estúpido pulso de David contra Goliat.

La sabiduría de la Audiencia, al menos desde el testimonio de reprobación a esa actitud –pensamos– decidió simbólicamente rebajar la cifra a trece mil millones, con lo que las obras continuaron su marcha pese a su ilegalidad, a falta de la postura del Tribunal Supremo.

Desde entonces hemos asistido a un cambio de la legalidad en materia medioambiental en la Comunidad navarra, destinada a subsanar a toro pasado errores sobre cuestiones que están pendientes de sentencia. Ha tenido también lugar el trámite de aprobación del Plan Hidrológico de la Cuenca del Ebro, en su Consejo del Agua, convocado dos semanas antes de las elecciones generales de marzo de 1995, en donde sin debate alguno en relación a las alegaciones formuladas a la presa de Itoiz y su canal, la votación directa permitió su inclusión en el Plan de Cuenca. Se ha dicho –y lo ratificamos nosotros por haber sido testigos presenciales– que aquello no fue tal debate ni lo aprobado un plan, sino sendas vergüenzas. Así jamás construiremos país.

En el aspecto económico –al margen ya de la inconsistencia del programa de obras contemplado en ese Plan de Cuenca–, dos folios y medio justificaban un listado de actuaciones que habrán de exigir una inversión pública de más de dos billones de pesetas. No hay más estudios que avalen tamaña inversión. Cada uno pudo pedir en aquel debate de la planificación lo que quiso. A todos el voto general les habría de decir que sí, a excepción de tres “discrepantes”, uno de ellos el profesor Arrojo, miembro de aquel Consejo y coautor de este libro.

En aquel contexto de irresponsabilidad fue aprobada por el Organismo de Cuenca la necesidad de la presa de Itoiz, que de

esta forma pretendía subsanar la falta de planificación hidrológica que los magistrados de la Audiencia Nacional habían imputado al proyecto. Afortunadamente el Plan de Cuenca no estará aprobado hasta que el Consejo Nacional del Agua le dé su beneplácito y el Gobierno lo ratifique después. Difícil cuestión la de desfacer tanto entuerto para quien de verdad quiera llevar esta casa, llamada España, con buen gobierno. No todo vale. Y quien dice representar la voluntad soberana del pueblo no la representa si en verdad esa voluntad está desinformada, y si ni siquiera se ausulta.

Meses después, en abril de 1995, el problema social de esta obra vino –para fortuna de sus defensores– a complicarse más. Un grupo de jóvenes que viven en el valle, que sienten profundamente afectados sus destinos por tanta torpeza y abuso de poder, burlando un costoso sistema de seguridad que se mostró ineficaz, pusieron fuera de juego la parte más neurálgica de las obras, cortando los cables de los blindajes que llevan el hormigón a la presa, logrando de este modo paralizar momentáneamente las obras. Su acto es filmado por ellos mismos para dejar constancia irrefutable del carácter no violento de su intervención, y esperan a ser detenidos.

La España del *reality show* tuvo así la oportunidad de vivir la emoción del acto en toda su fuerza. Lo que siempre ha visto como fantasía del séptimo arte, lo pudo ver con el escalofrío de la realidad. Los autores justifican su acción en el desprecio de la Administración y en la vía de los hechos consumados emprendida por ésta, con desprecio a los consejos de la Justicia. Los medios en general crean un estado de opinión sutilmente proclive a la sombra del terrorismo. Hay miedo social a analizar el problema por lo que, lejos de enfatizar sobre las circunstancias turbias de este proyecto, se enfatiza en torno al drama laboral creado por el sabotaje a unos trabajadores a quienes la Unión Temporal de Empresas adjudicataria de las obras dejará sin sus sueldos.

Ante la carrera de hechos consumados que emprende la Administración –puesto que cuando se produzca la sentencia definitiva el mal ya estará hecho, sin posibilidad de reparación–

los autores del sabotaje, gentes comprometidas en movimientos de la no violencia en un país donde la violencia marca exponen la filosofía de su acción en el estribillo de una canción que difunden: “*nuestra tierra madre, bien vale un cable*”. Su acción viene a enturbiar ante la ciudadanía el carácter pacífico de la oposición que desarrolla la Coordinadora de Itoiz. La Administración capitaliza el hecho, relaciona el acto con el terrorismo, y a los Solidarios con Itoiz –responsables del acto– los confunde con la Coordinadora de Itoiz. El Gobierno de Navarra encuentra oportunidad para hacer públicos actos de generosidad con las familias de los humildes trabajadores afectados, mostrando una vez a esta débil sociedad que es la nuestra, quién es el bueno y quién el hijo del mal en este asunto. El hecho sirve posteriormente para justificar ante la sociedad el desproporcionado desfase presupuestario que lleva la presa.

Culmina ese panorama de despropósitos en los primeros meses de 1997, con cartas dirigidas por el Gobierno de Navarra a personal funcionario relacionado con diversas facetas del proyecto, animándoles a escribir artículos de opinión para avivar con ellos una campaña en favor del proyecto. A la vez que el Partido Unión del Pueblo Navarro (UPN) solicita a su socio en el Gobierno Central –el Partido Popular– la tramitación de un proyecto de Ley por el que se declare expresamente esta obra de urgente “interés general”. La carta explica a sus destinatarios la conveniencia de ponerse en contacto con una empresa pública de riegos, en Navarra, coordinadora de la campaña, que es parte interesada en este pastel, puesto que la realización de semejante proyecto de regadío le supondría el más prometedor maná, su mejor seguro de vida para quince años al menos.

La oposición al proyecto de la presa de Itoiz se ha ido convirtiendo así en algo más que un simple litigio sobre un proyecto técnico. Para un amplio colectivo social es ya una bandera que reclama un giro en la manera de hacer política en España, no sólo hidráulica. Siempre se ha dicho que los pueblos tienen lo que se merecen. La rebeldía que polariza la oposición a este proyecto es, precisamente, la voz de un sector de la sociedad que reclama mejor tutela que la que tiene. Por eso la

Coordinadora de Itoiz ha sido y es un foro social de frescura, abierto y civilizado, dentro de una sociedad en exceso adormecida, resignada con frecuencia a los destinos que le deparan unos gestores en los que en general no confía. De esta forma, Itoiz es una voz de alarma dirigida a esa sociedad que contempla su propio panorama del malhacer como si de un sainete de entretenimiento público o de un culebrón se tratara; ignorando que ese sainete es la antesala de su futuro más inmediato.

El presente libro quiere ser testimonio de toda esa historia turbia. Quiere recordar que detrás de los errores y las frivolidades ahí están las esencias amenazadas de un estado de derecho y un pueblo que acaba pagando los desencantos, los populismos, las falsas cruzadas, los caprichos de la irresponsabilidad, los despotismos, el uso ligero e interesado del dinero público, el afán desmesurado de protagonismos personales,... y las tomas de la justicia por mano ajena, por justificadas que puedan parecer. Advierten los autores de este libro que procediendo así sólo se consiguen generar profundas deseconomías públicas, acelerar las carreras de los impuestos, el recorte de prestaciones sociales más perentorias,... junto a malestares y odios sociales de larga huella.

Hoy por hoy Itoiz/Canal de Navarra es un proyecto sustentado desde la manipulación populista, desde el juego del poder político y los personalismos imprudentes, desde un parlamentarismo que deja mucho que desear, y desde un complejo mundo de intereses ajeno al pretendido bien general. El país está en estos momentos, junio de 1997, pendiente todavía de un proceso de difícil planificación hidrológica nacional, en el que la cuenca del Ebro nos ha sido mostrada hasta ahora como la delicada piedra angular de todo ese proceso. Está pendiente un Plan Nacional de Regadíos, porque el que elaboró en sus últimas semanas de gobierno el Partido Socialista ha sido también retirado por los responsables del nuevo gobierno.

El largo debate social sobre el agua iniciado en la etapa Borrell tuvo al final el gran mérito de ser prudente, al no haberlo aprobado. Entre tanto el pensamiento hidrológico del país se enriqueció. Desde sus foros informales sirvió aquel debate para

entender, entre otras cosas, que las iniciales necesidades de nuevos regadíos elaboradas por las Comunidades Autónomas, estimadas en más de dos millones de hectáreas, quedaran reducidas en sucesivas etapas de aterrizaje en la realidad a las escasas 150.000 ha que fijó el Plan Nacional de Riegos, que tan sólo mencionaba poco más de un millar de hectáreas en la Comunidad Navarra. Resulta ahora que, por ese arte del juego de la política, afloran 53.000 ha de regadío en Navarra que adelantándose a ese debate deben ser declaradas coto del interés general y de la urgencia, que es lo que pretende el proyecto de Ley tramitado al efecto en estos momentos por el Gobierno Central para su aprobación específica por las Cortes Generales en vísperas de una recién anunciada fecha para la sentencia definitiva por parte del Tribunal Supremo.

Los errores sobre esta obra se siguen sumando, hasta elevarlos a la categoría de Estado. Si el devenir quiere que estas obras de la discordia sean definitivamente paralizadas, el esfuerzo común y la generosidad deberán empezar a funcionar para buscar la solución más razonable a la situación creada, que siempre la hay, y que en este caso podría incluso ser satisfactoria. Por mucho que se lleve gastado, es irrelevante frente a lo que queda por gastar. Siempre una retirada a tiempo ha sido una victoria, aunque los “manuales del buen político” digan lo contrario.

Francisco Javier Martínez Gil
Catedrático de Hidrogeología de la Universidad de Zaragoza